

BALBINO DAVALOS.

Los aristócratas natos del ingenio no tienen prisa excesiva; sus creaciones brotan y caen del árbol una tranquila tarde de otoño, sin que sean prematuramente deseados, solicitados, apurados por la novedad. El deseo incesante de crear es vulgar y atestigua, celos, envidia, ambición. Existe por encima de los hombres productivos una especie superior aún.

FEDERICO NIETZCHE.

con blancuras próceres de lirio, de azucena, de jazmín, al contemplarlas, pienso sin querer en el jubón acuchillado de Don Juan, en el gesto altivo del caballero Lauzun ordenando á Enriqueta de Borbón que le quitase las botas, ó, en el topacio pastoral de algún galante cardenal de Alfonso VI, creo verlas tremular, entre una vuelta de encajes como aljofar, para arrancar rondeles al mandolín bajo las ojivas de un alcázar de Luis de Baviera, creo verlas por los ébanos y los marfiles de Erard, musicando apasionantes sonatas, creo verlas en el laboratorio del Dr. Fausto, á través de las vasijas de cristal, entre retortas, alambiques, infolios con pastas de pergamino y serpientes disecadas, creo verlas crispadas, níveas, patriicias, hieráticas, emergiendo del toscó sayal del enamorado de la Montbazón para blandir inciertamente un crucifijo acribillado cuyos músculos exángües empaña el postrimer vahido de un desesperado que del mundo se manumite. . . .

Si en las manos se revela, como los ocultistas dicen, la individualidad psicológica del hombre, si ellas están emparentadas, como creo yo, al abstruso y complicado microcosmo que hormiguea en las celdillas del cráneo, si sus crispaturas y añudamientos, traducen verídicamente, las deliucescencias ideológicas que producen las abejas del pensamiento en el panal cerebral, si hay una simpática concordancia entre los dedos que se agitan y el corazón estremecido por una rebelión

bravía, si á la interminable y complexa sucesión de imágenes que se reproducen en la cámara obscura del cerebro, son amables, esas tarántulas de nervios que llevamos á las muñecas adheridas, entonces, las manos de Balbino Dávalos, descifrarán claramente la clave del enigma, dirán muy alto que es un lapidario técnico y superbo, que, iniciado sacerdote, ha consagrado á la santa poesía en los más divinos ritos, y, hostia eucarística, ha sabido elevarla indeficiente y pura, purificada en todas las purificaciones, á un tabernáculo donde sólo llega el salmo de los videntes. . . .

Nosotros, los amigos de Balbino, los que por el derecho de la juventud y por otros muchos derechos, tenemos un débito contra el porvenir, no podemos menos de conmovernos inefablemente, ante un obrero como él, del que aprendimos á saber, con la elocuencia indubitable del ejemplo, que ningún esfuerzo es estéril cuando va orientado á generosas miras, llevando como elemento impulsor, un arranque de esos que flotan con alviujantes nitideces sobre los sedimentos de la corrupción literaria que por todas partes nos invade, un entusiasmo de aquellos, que brotan, ingénuos, de la esencia de una gran invocación de lirismo, para elevarse á las estrellas, sin macular la albura de su pascual vellón, sin conculcar la austeridad del símbolo que los engendró y sin pecar contra los deliquios intelectuales que como azucenas, hace florecer la estética en el camino

que nos lleva á los jardines eliseos del ideal puro!

Balbino Dávalos llegó á México, no ha muchos años, resuelto á explotar sus energías en el punto más propicio en que ellas pudieran gravitar.

En su vida bohemia, hubo horas de angustiosa prueba, el cansancio lo fatigó muchas veces, el estudio llegó á producirle enfermedades y morriñas incurables, pero, el desaliento, el hermano del miedo, no llegó á hospedarse ni un minuto en el camaranchón del hotelillo, todo incuria, todo pringue, todo pelonería, donde el estudiante provinciano, se mediomataba, persiguiendo el saber, ese esquivo Proteo, que, á los veinte años, ocupa ordinariamente un lugar secundario en nuestras ambiciones, porque, á esa edad, padecemos de epicureismo y amamos más un beso venenoso de mujer liviana que un puñado de verdades de Laplace.

Comprendió, muy luego, que su atinadísima percepción artística, iba á cristalizarse en todas las expresiones de la belleza, y, con sus céreas manos drúidicas, levantó en alto la custodia de los elegidos, vejada por la protervia de los poetas mequetrefes, y, en sus cereas manos drúidicas, esa custodia, fué algo como un astro hasta entonces nunca visto, fué algo como un astro sin obnubilaciones, pues, sus diamantes y sus turquesas, flam escieron con radiaciones episcopales, nuevas, vivas, intensas. maravillosas!

Balbino Dávalos ha logrado alcanzar un relativo bienestar, sin dislocar sus vértebras dorsales, en los camarines palatinos, sin mojar su pluma adamantina en las infecciosas letrinas de la desvergüenza periodística, sin hacer fracasar su altivez masculina, en la vulva irritada de las pecadoras ó las impecables, como hacía el protagonista de Guy de Maupassant, ha triunfado, siguiendo el camino de los hombres viriles, con el paso firme y la mirada fija en los resplandores de su estrella, pasando sobre el Gran Tortuoso, serenamente, olímpicamente, sin huir del vestigio, interpuesto en la ruta por el destino, como hacía el irresoluto Pedro Gin de la catilinaria ibseniana.

Su obra no es fecunda ni con mucho.

Podrá caber holgadamente en las cien páginas de un volumen Lotus-Bleu de la colección Guillaume ó en las doscientas de un Lemerre.

¡Cien páginas!

¡Doscientas!

Es para excitar la burla de esos lectores de gabinete que para saciar la voracidad de sus ignaros entendimientos, necesitan tragarse, á bocados de canibal, las chorizadas literarias de Esriche y Montepin, por que, doloroso es consignarlo, labores tan quintaeseciadas y de tan sutil exquisitismo como la de Balbino Dávalos, sólo son aquilatadas aquí, en su mérito intrínseco, por unreducidísimo número de colegas ó admiradores.

¡Y cómo no, si los vates reblandecidos y enfermos de megalomanía aguda, aprovechándose del analfabetismo de sus directores, azaltan los periódicos de circulación, depravando el sentimiento artístico de las turbas con esas baladas antifonarescas y esas odas resquebrajadas que tanto agradan Monsieur Bonhome!

Verdad es que á él le bastan los lectores de Barbey d'Aurevilly, pues, como sabe muy bien que los señores burgueses (¡los cien mil nietos de la tontería!) serían capaces de hacer balsar las Horas al compás de un organillo ó de uncir los dorados leones de Cibeles al carromato de la basura, nada le chocaría tanto como ser popular entre los numularios, que, ombligo al sol, pontifican, ó, ver sus más queridas producciones revueltas con las gavillas de lugares comunes que se sirven al subscriptor graso en las secciones literarias de los días de fiesta, en las que, Juan Peza, luce sus habilidades de juglar, de embabiecado, de poetaastro, embaucando á toda una generación de bausanes aletargados por sus disparates y estenuados por sus flebotomías!

Balbino Dávalos lleva en su interior la tristeza amarguísima y punzante de los iluminados á quienes no comprende nunca el vulgo, tal vez por eso, habla muy poco de su persona y los proyectos literarios que acaricia son secretos que nunca profana con su agrio murmurio la picotería de los especieros de las letras.

Hay, en él, la huronería aristocrática de los que han sabido formarse un mundo á su modo, y verdadero sibarita, sabe aislarse en la tebaida, para aspirar con martirizante voluptuosidad, como un raro aroma, la emoción de la profunda oblación de artista que como la llama de la zarza de Horeb consume su pensamiento su alma y su vida!

Lee las mejores producciones antiguas y modernas en su lengua original, (porque es filólogo como un Mitrídates) estudia y comenta á los filósofos, hace paráfrasis magistrales, estrofas doradas como Nerval, artículos donde brilla un estudio amorosamente subjetivo, críticas serenas y eruditas que recuerdan piamente á Marcelino Menéndez, á Paul Bourget, á Jules Faget y al discretísimo Anatole France, porque, cuando sube á la cátedra, lo hace para enseñar algo de lo mucho que ha aprendido, sin usar las ridículas petulancias y los necios enfatismos en que abundan los zoilos nacionales, que, careciendo de facultades creadoras y deseando distinguirse entre los necios se nos echan encima repletos de viento como el escuerzo de la fábula.

Su estudio es un templo al que sólo llegan sus amigos muy íntimos.

Allí habla de todo con la erudición y el tino de un maestro, y, cuando se lo exigen, solo así, recita sus versos con acento de rapsoda y el imponente ademán de un cenobiarca que se excia-

tase en la elocuencia sagrada de los pasajes culminantes de un ritual!

En el cenáculo de esa juventud que amenaza con su piqueta el desmoronamiento de los ideales decrepitos y las formas anticuadas para elevar después sobre sus escombros el trono donde mañana recibirá homenaje la musa enferma del modernismo, Balbino Dávalos, es la figura más respetable, porque, se destaca tranquila y sin odios, sobre el río de aguas turbias que se complacen en agitar los turiferarios de esos maestros verracos que no enseñaron nada á sus discípulos y para bien de muchos se fueron al olvido con sus laureles de papel pintado y sus apoteosis de comedia de arrabal!

Porque nadie osará negar que el grito de combate que proclame entre el obscurantísimo de nuestro medio intelectual, la manumisión absoluta del arte, está próximo á sonar, como una diana lírica.

A ningún criterio se escapa que las convicciones de nuestros artistas de mérito, á quienes se ha calumniado mucho, porque se les conoce poco, están prontas á romper los grillos de su ergástula, y, el cosmopolitismo artiliterario, esa fórmula, que ha vibrado con enronquecimientos de blasfemia en las orejas atrofiadas de los copleros autóctonos, está á punto de electrizar la atmósfera con su bélico relampagueo.

La ley de las transformaciones, la fuerza evo-

lutiva y fatal que modifica incesantemente, las costumbres, los gustos, las cosas, exhibe hoy á la mofa universal las momias que adoraron nuestros abuelos, arráncalas de sus criptas, para que su polilla excite una luminosa carcajada de la juventud, verifica un solemne acto de fe, incinerando los esqueletos que lucen por sudario las telarañas de las bibliotecas, y, en esa implacable quema, hace perecer las escuelas viciosas, los procedimientos decrepitos, las estériles obsecaciones académicas y las hipócritas preocupaciones de los savonarolas de la estética.

Los poetillas impotentes, los amagados de obliteración poética, los camaleones que tanta aversión causaban al semiidios Baudelaire, los clasificados en la zococracia del arte, harán desternillarse de risa á nuestros hijos, las novelas de la vida cursi, se desencuadernarán para empacar alubias en el almacén de ultramarinos, los croquis vulgares con matices barrocos y retoques descuidados, provocarán bostezos entre la gente-cilla que frecuenta folletines de periódicos, y, la nueva escuela, la que convoca á sus bancos á todo aquel que comprenda con D'Annunzio que la mirada del vulgo es peor que un puñado de fango, la que es injuriada por los ineptos, lapidada por los filisteos y excomulgada por los fanáticos, hará incontables prosélitos en la religión inmutable, en la religión sin vanos resurgimien-

tos y sin falsas teogonías, en la religión de lo bello!

¡Para ser escritor, en un país como el nuestro, se necesita una fe, superable á la de Daniel, al entrar á la cueva de los leones!

Actualmente á todo artista, que se estime un poco, le es imposible satisfacer las exigencias del que lee.

El literato mexicano, para ganar aplauso, necesita depravar sus pensamientos y vestirlos con la grotesca indumentaria que aplican los gitanos errabundos á sus monos amaestrados.

La clase media, la menos burguesa, que es la que más lee y relativamente posee mejor ilustración, prefiere cualquier tirada de rimas lloronas á un relieve tallado en diamante puro por el egregio Díaz Mirón, á un *panneau* Luis XV, ó, á, un kakemono, de esos que parecen trabajados á punta de pincel por Hokusai, que, con tan virtuosa unción artística nos brinda á menudo Rebollo, ese exótico divino, ese tallador de esmeraldas, á quien tanto envidian y aborrecen, los bardos del hogar, los bardos épicos, los bardos japonistas, y, hasta los bardos sentimentales, que son los más melifluos y afeminados de la mal parada especie.

La elección no es dudosa.

¿Qué vale una estrofa exornada con guirnaldas de asfodelos se lleva la firma de Manuel Puga?

¿Qué vale la psicología de Pierrot, de ese blanco

enamorado de la luna, la Blanca de Nieve del firmamento, si fué estudiada por Bernardo Couto con gracia inimitable y encantador aticismo?

¿Qué importa que Amado Nervo enoje con un aderezo de lágrimas la endrina crin de cualquiera de sus pasionarias heroínas?

¡Nada!

Simplemente porque, en nuestra tierra, el gusto literario sólo ensaya pasos embrionarios, y, el arte, el verdadero arte, inicia apenas los balbuceos de su palabra cabalística.

Las gentes ricas, no leen, comunmente, porque lo impide el cura prevaricador que las engaña, las prostituye y las roba, ó, por que, su cultura, se encuentra como el termómetro en el polo: bajo cero!

Si alguna vez franquean su salón, al sabio, al escritor laureado, al poeta ó al tribuno, lo hacen obedeciendo sólo á una presunción estúpida, porque, de leídas ú oídas, saben que la aristocracia del talento disfruta de muy nobles pragmáticas en los salones europeos é imitar todo lo que de allende ultramar arriba á nuestras inciviles playas es conceptuado siempre de buen gusto entre las personas de mal tono.

En una familia, de pejugares, donde haya niñas tuberculosas que atormenten la dentadura del Stenway con romanzas triviales y canciones gemebundas, que tengan album, (ese suplicio de los que escriben) palco en la ópera, 'umbrera en

la plaza de toros, tribuna en el hipódromo y una gran dosis de impertinencia en el alma, aunque sea sólo por esnobismo, es indispensable la presencia del emborronador de cuartillas.

Hará crónicas de saraos, declarando un paraíso aquella casa, animará el estrado con sus epigramas, alhagará el orgullete de la matrona, equiparándola con las Maintenon ó Recamier, discutirá política pedestre con el negociante amagado de emiplegia ó prostatitis, y, en cuanto á las herederas, aunque tengan la prosapia de la cursilería de sus más preclaros equinatos pretéritos, serán mas graciosas que la bella Hebe y más escultoreas que la Leda del Corregio!

¡Debe hacerlo!

¿Acaso no es su sino, ser el histrión, el payaso, la perdurable encarnación de ese pobre jorobado Triboulet cuya misión ha sido siempre divertir un poco al rey banal?

¿No, como el hombre del cerebro de oro, debe romper á pedazos su cráneo, para adquirir á cambio de ellos, insignificantes fruslerías, mimos de gata coquetuela y sonrisillas de muñeca de cartón?

Balbino Dávalos, consecuente con el eclecticismo predominante en su credo artístico, burila sus medallones y orfebrea con heráldicos lambrequines los blasones de su poesía, sin preocuparle el gusto huero de los que no tienen la intuición verídica de lo bello, porque, acaso, por una pronei-

dad, característica, idiosincrática, inevitable, en los que padecen la pandemia del mercantilismo literario, identificando sus ambiciones, en la baboseada afirmación de Spencer, creen de buena fe que la primera condición de la vida es ser un buen animal. un Luis Urbina!

Desdeña las coronas de manufactura con que ornán sus cabezas truculentas los rimadóres jactanciosos, y, para un alexandrino que cojea, para una cesura afónica, un hemistiquio trastabilleante, ó, un hexámetro pletórico de ripios, tiene siempre una sonrisa petroniana que transparenta en su benévola indulgencia todo el desprecio del esteta pagano hacia el aborigen tatuado con groseras figurillas, toda la compasión de los buenos devotos de la gaya ciencia, que saben muy bien que, á los jumentos, á los irracionales, no se les puede impedir el derecho de rebuznar aunque abusen de esa triste pragmática con agresiva implacabilidad.

Su musa tiene la serenidad augusta de las madonas de Alberto Durero, es cándidamente casta, creyérase una pálida monja bizantina que emergiese, al novilunio, del centro del lago de las Tres Purezas, baja á oscular la frente del poeta, cobijada en gasa ingrávida, es á él, lo que Espirita á Guy de Mallivert, parece á modo de muchas mujeres de Shakespear, formada de un glauco fulgor selénico, de una tenue irización polar ó de una gestación de niebla, no tiene las materialida-

des evocadoras del pecado, es alma, sensación, perfume, porque es perennemente pura, perennemente honesta, perennemente noble!

Es que en el espíritu de Balbino no puede andar el amor sublime, llevando en el plumón de sus alas las marcas del mal, es que, verdadero poeta, tiene soñaciones abstrusas, sidéreas metafísicas, de las que son concebibles sólo en las míticas regiones de esa Visapur cuya nostalgia enferma y mata á los que perseguimos una silueta femenina de esencia fantástica y sin consistencia corpórea, á los que, hundidos en las carroñas de la realidad, tenemos hambre y sed de idealismo, á los desahuciados de la vida preponderante, que, en la espantosa ardura finisecular que agobia á la humanidad pensante, elevamos las manos pidiendo á los indiferentes espacios la bendita fe que enciende, como una lámpara, en los labios que plañen, la plegaria consoladora, la que evoca la resurrección de las difuntas esperanzas, conjurando el amor á una mentira misericordiosa, á una ilusión pasajera, á una bandera que no haya sido injuriada por las verdades homicidas, á los que codiciamos, la sonrisa de una venusta beldad creada de un lampo de nieve hiperboreal ó de un airón de espumas como Anfítrite, á una mujer sapientísima, blanca, con blancuras de armiño, de paloma, de armelina, llámese ella Beatrice, Ligeia, Dulcinea ó Seraphita-Seraphitus!

Si intentáramos decir todo lo que pensamos de

los versos de Balbino Dávalos, nos faltarían diti-rambos, agotaríamos los vocablos laudatorios, afirmaríamos, aunque nos contradijeran todos los críticos de todos los tiempos y de todos los países, que son trabajos admirables, porque, llevan al certamen olímpico, el corcelete invulnerable y los milagrosos amuletos del caballero cruzado, diríamos, que, representan una labor, tan paciente y complicada, que, el análisis del aristarco más impertinente, pasaría sobre ellos, para arrancarles vibrantes estrías, visos de carbunclos adormecidos en astrales candores y cintilaciones de diamantes cesáreos para abrillantarlos, más y más, como el cepillo de un joyero al frotar la diadema rutilante de una reina merovingia!

¡El poeta de la sonrisa petroniana y las manos principescas.!

